

Hé aquí por qué he dicho ya que cuento como el mayor orgullo de mi vida haber sido discípulo y haber compartido la predilección de Monseñor Carrasquilla. Ese es al mismo tiempo mi más grave compromiso ante la sociedad, porque va aparejado con el juramento que presté al recibir la investidura de colegial del Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que el Rector calificaba como el más alto honor a que puede aspirar un joven en Colombia: Después de rezar en alta voz el credo de Nicea, puestas las manos sobre los Evangelios, juré profesar la fe católica, defender la constitución y leyes de la República, respetar las del Colegio del Rosario y enseñar, llegado el caso, la filosofía conforme a la mente del Angélico doctor Santo Tomás de Aquino.

La fidelidad a estos votos me escude en toda hora para corresponder dignamente a la magnitud del beneficio recibido. Mediante ella los númenes tutelares del Colegio del Rosario abonarán la gratitud, y podré descansar en la promesa de que Dios paga las deudas de los pobres honrados.

El tributo de lágrimas y oraciones, el recuento de los méritos y servicios, el culto a la memoria de Monseñor Carrasquilla son apenas prenda de reconocimiento y de amor; pero la deuda se mantiene intacta.

(De *Colombia*, de Medellín).

---

## MONSEÑOR RAFAEL M. CARRASQUILLA

Una vibración de dolor recorre estos momentos el alma colombiana con la muerte del eminente sacerdote, Monseñor Rafael María Carrasquilla, honra del clero de Colombia, filólogo consumado, escritor macizo, orador sagrado de los más esclarecidos, y altísima cumbre en donde se asentaron los mejores anhelos patrióticos.

De linajuda familia, su sangre procerca le llevó desde muy joven a ocupar con señalado contento de todos los colombianos las más altas dignidades en la Iglesia colombiana. Sus entronques con los más destacados elementos sociales y políticos del hermano país, hicieron de su tertulia en su casa señorial, el centro de las actividades literarias y estudiosas de tiempos lamentablemente idos. Y cuando su talento, su ilustración y sus esfuerzos llegaron a la madurez, produjo las mejores y más atildadas piezas de oratoria sagrada que atraían a doctos e indoctos. Su palabra fácil, castizamente pulcra, era admonición y era suavidad cuando los diversos pasajes de sus discursos llenaban la vastedad de los templos, o ya en la tribuna profana, sus frases, rebosantes de patriotismo immaculado, abstraían con suprema delectación.

Toda su vida, llena de méritos proceros e insignes, la dedicó a la obra magna de educación de la juventud, a la que amó siempre como un convencido. Entonces se puso al frente de la rectoría del antiquísimo y docto Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en donde, con el concurso de hombres perillustres, captó en todos los momentos todo un estado psicológico y científico de tan vasto semillero de hombres prestantes en todas las esferas de las actividades liberales de Colombia.

Monseñor Rafael María Carrasquilla fue como delegado de Colombia al centenario de la gran batalla de Ayacucho, a la ciudad de Lima, y allí pronunció la más celebrada de sus oraciones patrióticas, a tal punto que subyugó al culto y numeroso auditorio que llenaba el amplio recinto de la Basílica de la ciudad del Rimac. Esa pieza, calificada por propios y extraños, fue el renglón de lujo de tan fausta efemérides libertadora. La cortedad de espacio nos priva de reproducir algunos

fragmentos de tan alta pieza, que es todo un evangelio de patriotismo integral.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá, ha visto espaciarse la severa figura del apóstol de la juventud, por sus vastos y arcaicos corredores. Allí donde en el patio principal se irgue la figura humilde de Fray Cristóbal de Torres, fundador de semejante institución, orgullo de la ciudad de Jiménez de Quesada, la labor educadora de Monseñor Carrasquilla no ha conocido límites. El era el centro, el factor, el padre y el mentor de juventudes, a las que entregaba su corazón, lleno de todas las dulzuras, de todas las templanzas, de todos los arrestos, de todos los frutos. Monseñor Carrasquilla desgajó el laurel y se alzó con la gloria para bien de la patria que amó hasta el fin.

El estudio, severo y tenaz, minó su preciosa existencia, que los colombianos hubiéramos querido prolongar hasta lo infinito. En la madurez de su fecunda vida escribió un texto de metafísica por el cual se rigen estas disciplinas en el colegio mencionado. Casi invariables e intactos se conservan los estatutos y reglas dictadas por Fray Cristóbal de Torres para el gran colegio que ha dado al país los frutos más selectos. Honra y prez del colegio, como sus discípulos, forman en la vanguardia eminentes colombianos y extranjeros, periodistas, políticos, escritores, literatos, poetas, financieros, abogados, en fin, casi todo cuanto abarca toda una época de florecimiento intelectual, bebió de los labios de Monseñor Carrasquilla las enseñanzas más provechosas con que se decora el alma nacional colombiana.

Con la inesperada muerte de Monseñor Carrasquilla pierde Colombia uno de sus factores más valiosos, algo que es imposible reemplazar, si la Naturaleza no le

depara uno de esos milagros de fecundidad que enorgullecen a la raza indo-hispana.

Bogotá y con ella toda Colombia llora en estos momentos la pérdida de uno de sus más prestantes hijos, una suave reliquia de los caballerescos tiempos de la tradicional cachaquería bogotana que hizo de las tertulias, bajo las arcadas severas de las grandes y blasonadas casonas, concilios de patrióticos destinos, de esperanza y de fe.

Colombia está de duelo porque ha desaparecido uno de esos ejemplares que de cuando en vez produce la raza para confortar todas las fibras de un pueblo, para honra y orgullo de la humanidad.

C. A. C. R.

(De *El Telégrafo* de Guayaquil).

Liverpool, mayo 10 de 1930

Señor doctor don Jenaro Jiménez, Canónigo.—Bogotá.

Muy estimado doctor Jiménez:

Ya puede usted suponer la inmensa y sincera pena que he tenido con la noticia de la muerte de Monseñor Carrasquilla, pues él fue para mí no sólo un gran maestro en el Colegio, sino que después de abandonar yo el claustro, continuó siendo para mí, con su genial benevolencia, un amigo, un gran apoyo y un consejero muy sabio en muchas ocasiones.

Jamás olvidaré la manera como me apoyó en el Colegio y me honró sobremedida designándome profesor de Internacional público. La víspera de venirme para acá fui a despedirme de él y lo encontré muy acabado aunque menos hinchado. Me separé de él con el dolor de pensar que quizá no lo volvería a ver. Y así fue. Ante tan dolorosa noticia no sabe usted cuánto he sentido no estar allá al lado de usted y de todos los

alumnos y profesores, acompañando a Monseñor hasta el último momento y llorando su desaparición. He leído todo cuanto me ha llegado sobre la muerte y funerales de nuestro Rector, que seguirá siempre inspirando la vida del Colegio y dirigiéndolo espiritualmente. Por fortuna queda usted como heredero de él ante el claustro.

Yo fui de los pocos colombianos que lo oímos hablar en Lima en 1924, y que jamás olvidaremos aquellos momentos solemnes y únicos en América, en que supo deslumbrar a un gran público de notabilidades mundiales con su genial oratoria. Qué orgullosos nos sentimos entonces de ser compatriotas de ese gran orador que tan alto y tan glorioso dejó el nombre de Colombia en tan señalada ocasión.

Le repito, doctor Jiménez, mi manifestación la más sincera de condolencia y pésame, y no olvide a su muy adicto amigo y discípulo,

NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO

San Salvador, 20 de mayo de 1930.

Señor doctor Jenaro Jiménez, Vicerrector del Colegio del Rosario, Bogotá, República de Colombia.

Muy respetado doctor:

Acabo de leer con el consiguiente dolor, la noticia de la muerte del doctor Carrasquilla. Lo sabía muy delicado de salud, pero nunca imaginé que su fin estuviera tan próximo, cuando hace menos de un año, tuve el placer infinito de volver a conversar con él, en el amado Claustro, después de veinte años de ausencia de la patria.

Estos renglones premurosos le llevan a usted mi condolencia por tan irreparable pérdida. Tuvo usted en el doctor Carrasquilla—como lo tuvimos todos sus discípulos—un maestro y un amigo incomparable. Su desaparición nos afecta no sólo a los que gozamos de sus

sabias enseñanzas, sino a todos los colombianos; ya que él, verdadero maestro de la juventud de nuestro país, era, en cierto modo, por lo mismo, algo así como una viviente expresión de la patria.

Le acompaño a usted algo que escribí en volandas sobre él, con el aturdimiento que en el ánimo producen las catástrofes inesperadas. No es, por lo tanto, un homenaje digno del ilustre muerto. Tal vez más tarde, serenado ya el ánimo, pueda hablar del doctor Carrasquilla menos profanamente.

Le ruego se sirva adoptar esta manifestación de un antiguo convictor del Rosario, que no olvida su Alma Mater, ni sus amigos, ni sus maestros de hace veintidós años.

Le saluda con la mayor atención su hermano en el común dolor:

MARIO SANTA CRUZ

---

## EL CLERO COLOMBIANO ACABA DE SUFRIR IRREPARABLE PERDIDA

Por periódicos llegados últimamente de Bogotá, Colombia, hemos tenido la pena de saber que el día 18 de marzo último, falleció en la capital de Colombia el ilustre Canónigo, doctor Rafael María Carrasquilla.

El doctor Carrasquilla, que fue Rector durante cuarenta años del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que es el más importante centro de instrucción secundaria de aquella república hermana, era un notable orador sagrado, un meritisimo filósofo, propagador del neotomismo en América, a quien S. S. el Papa León XIII concedió, por tal motivo, el título de doctor en filosofía y Derecho Canónico.

Casi podríamos asegurar que no existe actualmente en Colombia ninguna personalidad descollante en la po-